

imagen, sino como constante reformulación de finalidades” (136). Poniendo de manifiesto el perfil ambivalente del inmigrante, el gaucho y el compadrito (otra de las figuras que el ensayo analiza, aunque de modo menos detenido) como “emblemas de la nacionalidad”, la historieta descarta por absurdo todo intento de buscar definiciones unívocas y definitivas de la identidad. La discusión se enmarca en la fuerte crítica que Campra dirige a aquellas posiciones teóricas que consideran la reflexión sobre la cuestión de la identidad latinoamericana como un “ejercicio arqueológico” (135); por el contrario, desde su perspectiva, se trata de un debate vigente (y no sólo en América Latina), aunque sea necesario reformularlo en función de los nuevos contextos y problemáticas propios de un tiempo signado por la mundialización.

Es posible cuestionar al ensayo la ausencia de un despliegue teórico más sólido para el tratamiento de conceptos como el de “identidad nacional” o “memoria común”, que no resultan lo suficientemente desarrollados y problematizados. No obstante, el trabajo de Campra constituye un aporte relevante a la investigación sobre la gauchesca, por cuanto abre brechas novedosas en el estudio del género: incorpora otras obras a las tradicionalmente consideradas por el canon, propone nuevas aproximaciones a algunas de ellas que desafían los encuadres cristalizados por la crítica, y plantea nuevos recorridos que escapan a la linealidad y que, desafiando las cronologías, exhiben el carácter multidireccional de los fenómenos literarios.

También cabe destacar el lugar privilegiado que le otorga al ámbito de la recepción textual y al papel de los lectores en la consolidación de determinadas figuras en tanto símbolos identitarios, revitalizando, asimismo, el debate sobre las identidades (nacionales y/o regionales) en un contexto intelectual que pretende dar por obsoleta la discusión.

Sofía Irene Traballi

Universidad de Buenos Aires

Claudia Caisso, editora. *Culturas literarias del Caribe*. Córdoba: Alción Editora/UNR Editora, 2013. 276 pp.

Un libro sobre el Caribe, publicado en Córdoba (Argentina), suscita dos inquietudes sobre el ser de las investigaciones en este campo: una, ¿por qué el Caribe interesa hoy en día en el Cono Sur?; y dos, ¿qué enfoques y preguntas traen, desde sus propias tradiciones, estos académicos a las cuestiones sobre tal área? La lectura de *Culturas literarias del Caribe* es un ejercicio necesario y, desde esta doble mirada, muy estimulante para quienes nos ocupamos de la región. Con este lente de por medio, en esta compilación sobresalen varios rasgos.

El tema de la traducción es uno de esos rasgos destacables. La lengua es uno de los focos de mayor tensión en la historia del Gran Caribe y uno de los nodos de mayor creatividad y contestación allí, y por ende, es ineludible en los acercamientos teóricos y analíticos al área. Sin embargo, en los trabajos hechos desde Latinoamérica, es

eje de reflexión y más raramente aún se piensa la traducción. Se traduce (como en el caso de Venezuela y Cuba, principalmente), pero no circulan muchas pesquisas teóricas sobre el problema que entraña, los desafíos que plantea, las posibilidades que reserva. El texto “Traduciendo poetas caribeños anglófonos para Latinoamérica y el Caribe hispanoparlante”, de Keith Ellis, pone sobre el mantel algunas de las dificultades de esta tarea aquí, e incluso apuesta por interpretaciones sobre las idiosincrasias en choque en una traducción de poesía anglófona caribeña para el contexto latinoamericano. Sabiendo que la traducción ha sido en Argentina un campo con buenas raíces (el jugoso blog del club de traductores literarios de Buenos Aires, CTLBA, es un magnífico ejemplo de esta vitalidad), la inclusión del artículo de Keith Ellis evidencia, a mi modo de ver, una conciencia sobre la problemática, auspiciada por el medio y, sin duda, por las líneas de pesquisa de Caisso, que incluyen estos mundos políglotas, y no exclusivamente el mundo hispano.

Otro rasgo llamativo, desde mi punto de mira, son los varios escritos sobre literatura cubana, con los textos “Oralidad y memoria colectiva en *Lengua de Pájaro. Comentarios reales* de Nancy Morejón y Carmen Goncé” (de María del Carmen Sillato), “Territorios diseminados. El desarme del mito en la narrativa cubana reciente” (de Nancy Calomarde), y “Letra que transcurre. Hitos y barroco incesante a partir de *Quevedo* de Fina García Marruz” (de Susana Cella). En estos tres escritos revelan su

modos de leer) que han sido del interés de académicos argentinos (y latinoamericanos en general) ocupados de la isla (y de sus propias literaturas): el barroco, el género testimonio, el papel del intelectual y sus metamorfosis, el peso del exilio. Decir que estos textos parten de temas familiares a una tradición académica latinoamericana y no necesariamente enraizada en enfoques y cuestiones estimados por los críticos y teóricos en el Gran Caribe, no demerita sus aportes. La lectura de Sillato hace notar contrastes desde el modo de producción y el contexto de aparición hasta el género entre este testimonio y otros, como *Biografía de un cimarrón*, que han dominado las coordenadas del debate, y así, sugiere explícitamente otra entrada para las discusiones sobre testimonio y subalternidad. Al centrar su atención sobre un ensayo de Fina García Marruz en lugar de centrarlo sobre un poemario, el trabajo de Cella, a su vez, contribuye a ver la obra de la poetisa desde otro ángulo y, por derivación, la de los origenistas. Es de resaltar, entre paréntesis, que a partir de trabajos como este de Cella, entre cuya terminología de análisis sobresale la noción de autor “clásico” y cuyo enfoque cronotópico aísla el contexto político del momento, se hace más notoria la distancia entre las preguntas que hoy podemos considerar pertinentes para el estudio del Gran Caribe, tan agobiado por la historia colonial y sus políticas, y las que vemos como factibles para ámbitos como el hispano. En este sentido, el debate que Florencia Bonfiglio ilustra y plantea, a propó-

sito de la obra de George Lamming, su relación con Shakespeare y los reclamos de Bloom, por ejemplo, en esta misma compilación (“Colones caribeños a la inversa: George Lamming y *Los placeres del exilio* en la metrópolis”), y que yo sitúo como contracara de este grupo, es bien diciente del contraste de miras que hoy, desde mi perspectiva, es indispensable para abordar el Gran Caribe.

La pesquisa de Calomarde, por su parte, alumbra con mucha solvencia el modo como las narrativas del exilio desplazan paradigmas muy arraigados como el de la “isla mítica” (218) cubana. Sus análisis de obras de Antonio José Ponte y Abilio Estévez bien podrían servir de partitura para trabajos sobre la dinámica narrativa de construcción del umbral del exilio y de revisiones de lo insular en otros escritores de la diáspora grancaribeña, más allá de los límites hispanos. Un inicio de esa conversación, quizás, aunque planteada en distintos términos a los de Calomarde, sería el texto de Emilia Deffis “Hibridación y escritura en *L'enigme du retour* y *Tout bouge autour de moi* de Dany Laferrière”, que se ocupa de las estrategias de identificación nacional (aunque difusas) de parte de un escritor haitiano que escribe desde el exilio y piensa esa condición.

A estos elementos que señalan hacia su lugar de gestación, habría que sumar, como marca de localización en los ensayos de esta compilación, la recurrencia en la bibliografía de varios de los artículos de Walter Benjamin y Ana Pizarro, así como un mapa de publicaciones (o eventos) adicionales de los escritores

Caribe hechas en la Universidad de Rosario o la Universidad Nacional del Mar del Plata, lo que da cuenta de una vitalidad concreta local.

Esto delinea una cara de esta compilación: la que dice de un auge de los estudios caribeños en las universidades públicas argentinas, de la “existencia de un movimiento académico plural que paulatinamente ha ido creciendo y reconstruyendo el canon, ampliando y variando el corpus de textos literarios, historiográficos y filosóficos con los que se perspectiviza la región” (10), como afirma Caisso en el prólogo, y que transporta a esas ampliaciones sus propias trayectorias temáticas y de análisis.

La cara complementaria la conforman los otros textos, cuya proa se mueve sobre aguas más navegadas en los estudios del Gran Caribe, específicamente: autores reconocidos (aunque aún relativamente poco tratados en Latinoamérica): Walcott, Glissant, Rhys, Lamming; temas como la mirada colonial y tropos como el de Calibán. En esta serie cada texto aporta un granito a las arenas de este campo. “La querrela por la memoria en Édouard Glissant y Derek Walcott”, de Claudia Caisso, alumbra desde la comparación de la perspectiva de estos dos puntales de los debates en estudios caribeños; “Antoinette frente al espejo: mito e identidad en *El vasto mar de los sargazos* de Jean Rhys” de Margarita Mateo Palmer dilucida algunos elementos míticos sembrados en el paisaje caribeño en la novela de esta escritora de Dominica; “Una lectura de *Omeros* de Derek Walcott”, de Mariano Acos-

mer libro, alusiones y sentidos que para un lector latinoamericano sin duda ponen a Walcott en otro nivel de comprensión; “Sobre la mirada y los condenados. Exploraciones fanonianas”, de Alejandro de Oto, partiendo de un diálogo entre Sartre y Fanon, pesquiza una conceptualización de la mirada bien articulada a la enunciación de otra política en el marco de un *agon* entre modernidad y colonialidad; “Otreddades teratológicas en la literatura caribeña”, de Mirian Pino, al contrastar un trabajo de Jamaica Kincaid con uno de Junot Díaz teniendo por hilo la figura monstruosa como traductora de conflictos interculturales enriquece los vasos comunicantes en el análisis de estos dos Caribes.

Los artículos de Yolanda Wood, “Los aruacos en la ruta del imaginario artístico caribeño”, y de Yolanda Martínez-San Miguel, “Los límites de la colonialidad del poder: el caso de Puerto Rico”, resuenan con mucha potencia en esta contracara, por dos razones. Por una parte, abren el compás de lo literario y, por otra, exploran dimensiones de conceptos que han sido fructíferos para Latinoamérica (la colonialidad, en este caso), pero que no resisten el transplante a secas al Caribe; son textos que aún buscando el diálogo con realidades latinoamericanas impulsan necesarias búsquedas en otros terrenos (plásticos, historiográficos, etnográficos, por ejemplo) para ver con mayor nitidez en especificidades caribeñas.

Por el papel que han jugado las miradas externas en la conformación de imaginarios literarios (Antonio

sobre el Gran Caribe, los investigadores comprometidos con la región (si podemos llamarla así) solemos estar en guardia contra los ismos (desde cualquier tendencia teórica) y con las lecturas “externas” (aunque admitamos que el Gran Caribe es una geografía bastante porosa), en tanto impliquen miradas que arriesgan re-colonizar estos territorios mediante la representación externa, una vez más. Benítez Rojo advertía ya de este peligro: “Ocurre que el mundo contemporáneo navega el Caribe con juicios y propósitos semejantes a los de Cristóbal Colón; esto es, desembarca ideólogos, tecnólogos, especialistas e inversionistas (los nuevos descubridores), que vienen con la intención de aplicar ‘acá’ los métodos y los dogmas de ‘allá’, sin tomarse la molestia de sondear la profundidad sociocultural del área” (*La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva postmoderna*, Hanover: Ediciones del Norte, 1989, ii).

Haríamos mal en ubicar este libro en tal dimensión. Más bien, creo que se trata de una buena radiografía, una gran invitación y un desafío. Con su advertencia de que busca “constituirse en un aporte respecto de la producción y circulación de saberes que [...] ya constituyen una suerte de tradición relativamente reciente en el campo de los estudios latinoamericanos en las universidades públicas argentinas” (10), este libro es una invitación muy sugerente para revisar los contextos locales a la luz de estos nuevos intereses académicos (qué de lo que trabajamos sobre el Caribe habla de los contextos latinoameri-

Gran Caribe todo, no sólo el lado hispanoparlante, sino también a entablar diálogos y contestaciones sobre el modo como es visto por nosotros desde nuestros propios lugares. Y es un desafío, en tanto exige una reflexión sobre los reencuadres temáticos o metodológicos que el Caribe demanda, en contraste o en continuidad (si es el caso) con los que hemos aplicado para pensar lo latinoamericano.

Con sus dos caras, con el enorme esfuerzo que siempre representa una compilación, con la reunión de investigadores reconocidos en el ámbito caribeño (hispano por lo menos) y de otros reconocidos en su propia latitud, este libro debe ser bienvenido como aporte a un campo en expansión en el Cono Sur, así como en el marco de una conversación que todavía permanece en estado de susurro...

Mónica María del Valle Idárraga
Universidad de La Salle, Bogotá

Beatriz Ferrús Antón. *Mujer y literatura de viajes en el siglo XIX: entre España y las Américas.* València: Biblioteca Javier Coy d'estudis nordamericans, Universitat de València, 2011. 124 pp.

“Este libro pretende reflexionar sobre la literatura escrita por un grupo de viajeras latinoamericanas, norteamericanas y españolas, que recorrieron tres continentes y que dejaron constancia escrita de su periplo entre la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX” (13). La investigadora Beatriz Ferrús, especialista del

género y destacadas figuras de la literatura latinoamericana como Westphalen, Flora Tristán o Dulce María Loynaz, nos presenta un sugerente libro en el que podemos escuchar la voz de varias mujeres que, desafiando el rol de su época, se lanzaron a descubrir(se) a través de diversos viajes en los que iban entretejiendo toda una red de relaciones entre mujeres intelectuales que abrazaban la ideología moderna; profesionales y activistas que dan fe de una larga tradición de mujeres que han viajado y han escrito sobre sus viajes como lo hicieron Humboldt, Sarmiento o Martí.

Mujer y literatura de viajes en el siglo XIX: entre España y las Américas consta de cuatro capítulos. El primero, titulado “Literatura de viajes y retóricas del imperialismo”, da cuenta de qué es la literatura de viajes y de su consolidación como género literario en los siglos XVIII y XIX. “Miradas a América Latina” es el segundo capítulo y el más extenso. Se centra en la mirada española a Latinoamérica de Eva Canel y Emilia Serrano (baronesa de Wilson), con cierta nostalgia del imperio perdido y un fuerte interés por la unión de los pueblos iberoamericanos. También se detiene en la perspectiva de las voces norteamericanas de Fanny Calderón de la Barca, Nellie Bly, W. L. M. Jay y Helen Sanborn en sus viajes a México y Cuba, donde percibimos el contraste entre estos países y el centro de la modernidad capitalista del que provienen estas viajeras, además de las contradicciones que experimentan entre los tópicos de su imaginario como extranjeras, y